

sustento, ni les eran molestas las estaciones, ni contra ellos podían conspirar, ni los elementos, ni los animales por feroces que fueran. ¿Pero quién trocó aquel feliz estado? ¿Qué causa hubo para que se vieran privados de tanta felicidad y reducidos á sufrir el rigor de las estaciones, el hambre, la sed, á que él tuviese que procurarse el sustento con el sudor de su rostro, y ella como él sujetos á mil trabajos y sinsabores? ¿Quién manchó aquella blanca y hermosa estola de la inocencia original, y redujo á Adán y su posteridad á la más triste y ominosa esclavitud? ¿Quién cerró al hombre las puertas de los cielos, que permanecieron cerradas hasta que Jesucristo entró triunfante de la muerte después de habernos redimido? ¡Ah! el funesto vicio de la envidia. «Sereis como dioses, sabiendo el bien y el mal (1)» dijo el enemigo de Dios á Eva, y ved aquí el motivo de quebrantar y hacer quebrantar á su marido el único precepto que el Señor les había impuesto. ¡Ser como Dios! ¡Saber el bien y el mal! ¡Oh cuánta felicidad!... ¿Por qué ha de haber quién sepa más que nosotros? dirían... y esta envidia que se apoderó de sus corazones, les hizo hollar el precepto y tragar el bocado que fué tósigo de muerte para ellos y su desgraciada posteridad.

¿Quién cortó el hilo de su vida al inocente Abel? La envidia de su pérfido hermano Cain, que le hizo cometer el crimen de fratricida, al ver que los sacrificios de aquel eran mejor aceptados que los suyos (2). Ved aquí como la envidia hace al hombre saltar por todas las maldades. ¡Oh! cuántos homicidios habránse

(1) Et eritis sicut dii, scientes bonum et malum. Gén. cap. III, versículo 5.

(2) Ibid. cap. IV, v. 8.

llevado á efecto por causa de la envidia! ¡Cuántos inocentes habrán pasado al sepulcro víctimas de tan funesto vicio! Envidioso Esaú porque su padre había bendecido á Jacob, le aborreció en su corazón, y se propuso quitarle la vida después de los días de su padre (1).

Mil veces habreis leído y oído predicar la historia de José, hijo de Jacob, el cual fué vendido por sus hermanos á unos mercaderes medianitas, tiñendo su túnica con sangre y entregándola á su padre, para hacerle creer que había sido devorado por una fiera. Grande fué en verdad este crimen, que por permisión de Dios vino á redundar en honra, beneficio y exaltación de José. ¿Quién cometió esta perfidia? ¿Quién llevó á cabo tan inicua venta, y engañó á aquel venerable padre llenándole de amargura? No fué otra la causa que la envidia que se apoderó de los corazones de sus hermanos, al ver que su padre había hecho á José una túnica de diferentes colores, envidia que creció en ellos cuando le oyeron referir el sueño que había tenido, y que era un anuncio de la futura grandeza á que había de ser elevado (2).

¿Qué causa movió á Saul para convertir en enojo y mala voluntad la buena que antes profesaba á David? El primero de los sagrados libros de los Reyes nos quita toda duda sobre este particular. Si Saul se indignó contra David en términos de arrojar su lanza sobre él, con el designio de enclavarle en la pared, lo que no logró por la prontitud con que David retiró el cuerpo, no fué más que por haber oído á las mujeres del pueblo que al entrar victorioso David

(1) Génes. cap. XXVII, v. 41.

(2) Ibid. cap. XXXVII.

despues de haber herido al Philistheo , cantaban llenas del mayor gozo: «Hirió Saul á mil y David á diez mil (1).» Envidioso al oír tal exclamacion , ¿qué le falta , dijo , sino solo el reino? Apoderada ya la envidia de su corazon , hízole concebir ódio y mala voluntad contra el que tan fielmente y con tanto valor sabia desempeñar sus funciones de guerrero.

Me haria interminable, mis señores, si hubiese de ir refiriendo uno por uno los mil pasajes que encontramos consignados en las sagradas páginas y que nos demuestran claramente los males y estragos que en todo tiempo ha producido el fatal vicio que venimos combatiendo. Pero creo que serán suficientes los que hemos enumerado, para vuestro convencimiento en esta parte. Mas lo que á mí me maravilla es que siendo el vicio de la envidia tan comun en la sociedad, todos viven en compañía de tan formidable enemigo y ninguno lo conoce. Un hombre es soberbio, es ladron, ha cometido un homicidio ó tiene sobre sí otros crímenes que le atormentan su conciencia, y llegado un dia en que conoce el error y el peligro inminente en que está de condenarse, procura lavarse en las aguas de la penitencia. Continuamente estamos oyendo pecados y crímenes en el tribunal de la penitencia; pero jamás ó rara vez, escuchamos á un pecador que se acuse de haber tenido envidia. ¿Qué es esto? ¿Será por ventura que haya concluido este vicio, y que ya no exista entre las criaturas? ¿Será por ventura, que convencidos los cristianos de los estragos que produce, huyan de tal pecado? ¡Ah! Plugiese á Dios que así fuese: pero no es esta la causa, sino que la mayor

(1) Percussit Saul mille, et David decem millia. I. Reg. capitulo XVIII, v. 7.

parte de aquellos en quienes reina la envidia, no lo conocen, ó si lo conocen, no creen que esto les mancha la conciencia. Error funesto que conocerán cuando tal vez ya no tengan remedio.

Necesario es, pues, que examinando vuestras obras, conozcais si en vuestros corazones existe la envidia para que procureis ahora que estais en tiempo, reparar en cuanto os sea posible los daños que podais haber causado por este vicio; y ya que la proximidad del tiempo Pascual os hace ir preparando para cumplir con los preceptos que la Iglesia os impone para esos dias, procurad confesaros de cuanto en este asunto como en los demás con que podais haber ofendido á Dios, pueda remorderos la conciencia. ¿Habeis murmurado porque tal persona fué ascendida á un puesto elevado, siendo así que conoceis su aptitud y mérito para ello? Pues habeis tenido envidia. ¿Os habeis irritado y llenado de enojo porque tal persona mereció mayores obsequios que vosotros en la sociedad que asististeis? Habeis sido envidiosos. ¿Hablais mal de una persona, llamándola sin motivo malgastadora porque teniendo mas bienes de fortuna que vosotros, vive con mayor esplendidez y desahogo? Pues sois envidiosos.

Para concluir, yo os haré una pregunta y vendreis en conocimiento de que ninguna ventaja os reporta el ser envidiosos, y sí muchos perjuicios. ¿Porque murmureis del que es rico y trabajéis por indagar si sus bienes son bien ó mal adquiridos, vais á salir de vuestro pobre estado, ó se os van á dar sus bienes? ¿Porque denigreis al que sabe mas que vosotros, vais á adquirir la ciencia que á él distingue? ¿Porque trateis de ocultar el valor de aquel soldado,

con falsedades ó sofismas, sereis vosotros menos cobardes? Siempre quedareis en vuestro mismo estado, y no hareis mas con vuestra envidia que ofender á Dios y á vuestros prójimos, á los que estais obligados á amar. Si fuerais verdaderos cristianos, si vivierais como Dios os manda en el cumplimiento de su divina ley, conoceriais que todos somos hijos de Dios, y no os pesaria jamás el bien que otros disfrutan.

El Señor, que es justo en todas sus obras (1), ha dispuesto porque ha sido su voluntad y para el mejor arreglo de la sociedad, la diversidad de fortunas, de modo que el mundo se componga de sábios é ignorantes, de pobres y ricos, de intrépidos y cobardes: á unos les ha dado sabiduría para que sean maestros y guías de muchos: á otros habilidad para las artes mecánicas: á este le ha hecho apto para la música, aquel para el manejo de las armas: á unos los ha colmado de riquezas, prescribiéndoles que ejerzan la caridad; á otros los ha constituido en pobreza, ofreciéndoles bienes eternos si llevan con resignacion sus trabajos. Pero ¡cuán grande es su bondad! A nadie desatiende, todos estamos presentes en su vista, y su Providencia, esa Providencia con que atiende á los pajarillos proporcionándoles el sustento de que han menester, vese brillar en todas partes. ¿Quién no la experimentó? ¿Quién clamó en su necesidad que no experimentase un superior consuelo?

Cristianos: si nada viésemos mas allá del sepulcro, si solo existiera lo que registran nuestros ojos, si no hubiera una gloria de eterna duracion, en este caso, bien podriamos lamentar nuestra mala suerte; al considerar

(1) Dan. cap. XI, v. 14.

las grandes ventajas de otros sobre nosotros. Pero hijos de Jesucristo y enseñados en su doctrina, sabemos que todo cuanto el mundo ofrece es pasajero, que los bienes y grandezas no pasan á la otra parte del sepulcro, que la muerte que es inevitable á toda criatura, le separa de cuanto ama, y que nos está preparando una mansion de paz donde no hay dolor ni llanto, ni miseria ni escasez, donde todo es puro gozo, y que á tanta felididad se llega por el camino de la caridad, de los sufrimientos y la obediencia á la divina ley.

Ved aquí las razones, porque debemos huir de la envidia, y alegrarnos de cuantos bienes disfrutan nuestros prójimos. Envidiar lo que el Señor dá á otros no es mas ni menos que motejar á Dios de injusto. ¡Librenos el dador de todo bien de caer en semejante crimen! ¡Librenos por su misericordia infinita de que caigamos en la tentacion de censurar criminalmente las obras de su diestra omnipotente! Si así lo hiciéramos arrastrados por el funesto vicio de la envidia, seriamos aborrecibles á sus divinos ojos, y por murmuradores de la Providencia, y faltos de caridad para con nuestros prójimos dignos de eterna condenacion.

Sin vuestros auxilios, ¡oh gran Dios! no podremos apartar de nuestros corazones un vicio que ocultando á nuestra vista toda su malicia, nos conduce á la mayor desventura que es la de ser objetos abominables á vuestros divinos ojos. De hoy en adelante nos conformaremos con el estado en que os digneis colocarnos y en medio de la pobreza, si en ella nos quereis constituir, nos alegraremos del bien ageno, y cantaremos siempre vuestras bondades en la tierra para hacernos dignos de bendeciros despues en el cielo: pero si hasta aquí hemos caminado errados, y desconociendo nues-

tros deberes hemos faltado á la caridad fraterna que debe reinar entre los cristianos como hijos de un mismo Padre, os suplicamos os digneis perdonarnos por un efecto de vuestra infinita misericordia, y escuchad las voces con que en prueba de nuestro arrepentimiento os decimos: *Señor mio, Jesucristo, etc.*

SERMON

PARA EL VIERNES

DESPUES DE LA DOMINICA DE PASION.

El pensamiento de las penas que en el [infierno] sufren los condenados, es de grande utilidad para hacernos apartar del pecado y practicar la virtud.

Nec cogitatis quia expedit vobis ut unus moriatur homo pro populo, et non tota gens pereat.

Ni pensais que os conviene que muera un hombre por el pueblo, y no que toda la nacion perezca.

Joan. cap. XI, v. 20.

Et ibunt hi in supplicium æternum.

E irán estos al suplicio eterno.

Math. cap. XXV, v. 46.

Acababa de obrar Jesucristo el gran milagro de la resurreccion de Lázaro, el cual produjo felices resultados en muchos de los judíos que lo presenciaron, pues que creyeron en él; mas algunos otros fueron á contar á los fariseos lo que Jesus habia hecho. ¿Y qué efecto creereis que causó en ellos la narracion de tan estupendo acontecimiento? ¿Acaso que reconocerian el gran poder del Nazareno? Escuchemos el trozo del